

Don Bosco nos enseña a rezar

Aldo Giraudó

El tema de la oración en Don Bosco podría estudiarse recorriendo caminos diversos: Don Ceria se ha preguntado: ¿cuándo y cómo rezaba Don Bosco? Otros han intentado reconstruir la “doctrina”, ordenando los contenidos de sus intervenciones en un esquema teológico. Pietro Stella, aplicando un procedimiento histórico-crítico, ha colocado a Don Bosco en la historia de la religiosidad católica. Sería posible también estudiar su herencia espiritual seleccionando matices y acentuaciones particulares de los varios siervos de Dios y beatos de la Familia Salesiana en la búsqueda de rasgos comunes. Cada uno de estos itinerarios tiene sus justificaciones y sus ventajas.

Nosotros hoy, preocupados por el problema de la identidad, influenciados por coordenadas culturales tan lejanas de las suyas y por condiciones de vida y acción tan diversas, nos sentimos atraídos a un acercamiento problemático. De su oración y de su espíritu nos interesa intuir el núcleo que los caracteriza, el corazón profundo, convencidos que los elementos sustanciales, los que connotan su fisonomía típica, van más allá de las prácticas exteriores, las expresiones culturales y las catalogaciones escolásticas.

1. Don Bosco con Dios

El libro de Eugenio Ceria “Don Bosco con Dios” fue tenido en gran consideración entre los salesianos. Indudablemente se trata de un documento interesante. Editado en 1929, publicado de nuevo con el agregado de algunos capítulos en 1946, circula todavía en Italia, en una impresión supervisada por la dirección de las obras salesianas. Los formadores y los directores espirituales siguen recomendándolo a los jóvenes salesianos. Pero también los hermanos más maduros e inquietos, cuando pueden retomarlo entre sus manos, experimentan su fascinación.

No es ciertamente el aspecto literario o su consistencia historiográfica lo que atrae. Antes bien, observando la estructura del texto y analizando con cierto desencanto la técnica de redacción de Don Ceria, se descubren sus límites, los aspectos rápidos y algo forzados. Sobre todo si se toman en manos otras contribuciones de un cierto valor sobre la figura espiritual de Don Bosco contemporáneas al texto. El lector más advertido podría también entrever entre líneas algunos matices particularmente en la versión de 1946, que conducen a opciones estratégicas y líneas de pensamiento promovidas desde la conducción de la Congregación salesiana en aquellos años.

Lo que sigue fascinando, en cambio, es la dimensión interior y profunda de Don Bosco que el texto ciertamente hace resaltar, aun cuando un poco fragmentada en sus expresiones anecdóticas y retóricas. Una cualidad que todo miembro de la Familia Salesiana siente connatural, pero de la cual cuesta encontrar la última explicación, tironeado como está entre la dispersión operativa y la necesidad de descanso espiritual, las urgencias pastorales y la necesidad de realimentación interior. Peligros éstos puestos a la luz por todos los superiores mayores a lo largo de la historia, partiendo de Don Bosco y de la Madre Mazzarello, sentimientos de culpa y límites vividos por todas las generaciones salesianas, en el pasado como hoy.

Unión con Dios, es una expresión clásica de la espiritualidad; una experiencia insustituible de toda experiencia cristiana. El interlocutor principal del libro de Eugenio Ceria no parece ser el consultor de la Congregación Romana que se preguntaba ¿pero cuándo rezaba Don Bosco? Inmerso como estaba en el vértigo de la acción, era más bien el mismo salesiano fácilmente seducido por el primer término del binomio «*Trabajo y Oración*», que simbólicamente campea

en aquel «estandarte santo que guió a Don Bosco a las arduas empresas», celebrado en las notas del Maestro Pagella entre la beatificación y la canonización. Aquellos eran los años de la máxima euforia salesiana y de la fervorosa expansión mundial. Los observadores más atentos lamentaban un exceso de activismo y de formalismo entre los herederos de Don Bosco. Los maestros de noviciado se preocupaban de formar a las jóvenes generaciones en el espíritu de oración, poniéndolas en guardia contra inevitables dispersiones que habrían de encontrar en el trabajo. Son también los años en los cuales se difundían biografías edificantes de salesianos y hermanas constantemente unidos a Dios, no obstante el trabajo intensísimo.

El Papa Pío XI, el dominico Ceslao Pera, Don Agustín Auffray, Don Alberto Caviglia y, antes que ellos, los salesianos de los orígenes como Don Miguel Rua, Don Pablo Albera, Don Julio Barberis, junto con la legión de testimonios de los procesos canónicos, han evocado y descrito la oración de Don Bosco como un espíritu de recogimiento, una unión continua, consciente con Dios en la trama de una experiencia vertiginosa. Acercándose a él, trabajando a su lado se habían convencido que él vivía todo momento y toda acción solamente por Dios, con Dios y que esta comunión interior inspiraba y unificaba su laboriosa existencia.

2. Celo pastoral y contemplación

Se releen con gusto las anotaciones de Pío XI sobre Don Bosco. Joven sacerdote, Aquiles Ratti había estado algunos días en Valdocco huésped del Santo en 1883. Como observador externo y atento, podía subrayar aquellas características que a los mismos salesianos, conquistados por la personalidad global del Padre, no despertaban admiración y, quizás, hasta pasaban inadvertidas, pero él intuía que eran el elemento central de la personalidad espiritual de Don Bosco.

Con fina intuición destacaba en intervenciones diversas, una típica bipolaridad: «su vida de todos los momentos era una inmolación continua de caridad» y al mismo tiempo, «un continuo recogimiento de oración». Activismo asombroso y constante inmersión en Dios de la cual recibía luz y eficacia pastoral. Contaba el Papa a los seminaristas de Roma en junio de 1932: «Había gente que venía de todas partes... quien con una cosa, quien con otra y él, de pie, al instante como si fuese cosa de un momento, sentía todo, respondía todo y siempre en un alto recogimiento. Se podría afirmar que no atendía nada de lo que se decía alrededor de él, se podría asegurar que su pensamiento estaba en otra parte, y era realmente así: estaba en otra parte, estaba con Dios con espíritu de unión, pero después helo ahí, respondiendo a todos: y tenía la palabra exacta para todo y para sí mismo, así, precisamente como para maravillarse: primero de hecho sorprendía, después maravillaba. Esta era su vida de santidad y de recogimiento, de asiduidad en la oración, que el beato llevaba en las horas nocturnas y entre las ocupaciones continuas e implacables de las horas diurnas».

En tales expresiones está dibujado el Don Bosco de los años '80, el taumaturgo venerado y buscado por todas partes. Nos lo imaginamos consumido en la salud física, ya al margen de la acción educativa y pastoral directa, absorbido por asuntos y viajes agotadores, casi prisionero de su fama, pero habiendo llegado ya al vértice de la perfección, al estado de unión. Como algunos de nuestros ancianos entregados a la oración y disponibles a tiempo pleno para la escucha de las personas.

Nosotros, en cambio, advertimos el desajuste entre el cotidiano, inevitable ajeteo en las urgencias de la vida pastoral que nos apremian y aquella dimensión de recogimiento calmo que tanto fascinaba a Don Aquiles Ratti. Estamos tentados de considerarla casi un estado sucesivo, una etapa última del recorrido salesiano. Percibimos una más inmediata sintonía con el Don Bosco joven, el verdadero, el activo y emprendedor que tenía sí, sus momentos de oración, pero hacía del trabajo una liturgia. Imaginamos que así fuese Don Bosco, el más

fecundo, mientras el otro, el anciano, tendría una grandeza diversa de haber sido el difusor en la iglesia y en la sociedad de una experiencia, de una idea y de un carisma concretizado en los años precedentes. Sobre este registro en nuestro imaginario se ha ido construyendo el modelo del Salesiano ideal y de la buena Hija de María Auxiliadora, del celoso cooperador y del verdadero animador.

Pero nos equivocamos. Porque, paradójicamente, precisamente en aquellos últimos años, el Don Bosco místico alcanzaba el vértice de la tensión y de la extensión pastoral. En su mente y en su espíritu hervía más que nunca el fuego devorador del cielo y la percepción lúcida de la urgencia operativa como aparece de las iluminadas y acongojadas intervenciones a sus discípulos y de las conferencias a los Cooperadores sobre el *Boletín Salesiano*.

Era la potencia espiritual de ésta, su compleja figura, que había fascinado al futuro Papa en su visita a Valdocco y continuaba maravillándolo después de cincuenta años por la singular coexistencia de los dos polos, alimentados y unificados por la caridad. No podía menos que repetirlo en toda ocasión: «Un ardor incesante, devorador de acción apostólica, de acción verdaderamente misionera, aún entre las paredes de una pieza humilde, misionera entre las turbas de adolescentes que continuamente lo circundaban, espíritu de ardor, de acción y con este ardor un espíritu admirable verdaderamente, de recogimiento, de tranquilidad, de calma que no era la sola calma del silencio, sino la que acompañaba siempre a un verdadero espíritu de unión con Dios. Tanto como para dejar entrever una continua atención a algo que su alma veía, con la cual su corazón se entretenía: la presencia de Dios, la unión a Dios. Precisamente así. Y con todo esto un espíritu heroico de mortificación y de verdadera y auténtica penitencia. Esa su vida continuamente prodigada en bien de los otros, siempre olvidada de cualquier utilidad propia, de cualquier, aún escaso, descanso, una vida de penitencia no solamente mortificada, sino de verdadera penitencia, por ser apostólica».

La citación contiene, felizmente vinculados, los términos esenciales para comprender el dinamismo interior de Don Bosco y las vinculaciones de una espiritualidad capaz de responder a nuestras exigencias y problemáticas. En las expresiones de Pío XI, la vida y oración de Don Bosco está representada esencialmente como unión y atención continuada de espíritu a la presencia de Dios. De esta, brotan tanto el recogimiento, la tranquilidad y la calma del espíritu como el ardor incesante, «devorador» de acción apostólica que han hecho de Don Bosco, el campesino de I Becchi, un apóstol con resonancia y significado mundial.

Hay también un tercer punto esencial puesto en estrecha relación con los dos precedentes: el espíritu de sacrificio y de penitencia que gobierna un ritmo de vida continuamente entregado al bien del prójimo, absolutamente desinteresado y mortificado en la atención pastoral.

3. Recoger el espíritu para elevarlo al Señor

A los pies de una fotografía enviada a amigos y bienhechores, entre 1865 y 1868, Don Bosco había escrito estos versos: «Al pensamiento de Dios presente / haz el labio, el corazón, la mente / de la virtud sigan la vía / obrad Virgen María / Sacerdote Juan Bosco». Un texto precioso para comprender la dimensión más recóndita de su espíritu, la actitud mental que pasa por toda su existencia. En este texto, la práctica de la virtud, el camino de la santidad - como tensión totalizante del propio ser, es hecha derivar del pensamiento de la divina presencia.

La tradición espiritual en la que se coloca nuestro santo, consideraba el ejercicio de la presencia de Dios como el primer paso de toda forma de oración, pero también el punto de llegada de una vida espiritual entendida como intimidad con Dios: del esfuerzo de «ponerse en la presencia de Dios», antes de toda práctica de piedad, a una vida concientemente vivida en la presencia del Señor en tensión de amoroso diálogo, aún en medio de las actividades

más diversas. Ejercitarse para vivir, en la fe, bajo los ojos del Dios presente y para obrar con él, por él: lo orientaban en esta tensión las obras de San Alfonso, de Scaramelli, del Rodríguez y del P. Luis de Granada, en las cuales había sido iniciado durante los años de la formación. La *Filotea* de San Francisco de Sales le enseñaba los “cuatro modos” de “ponerse” en la presencia de Dios: considerar atentamente que Él está en todos y por todos, pensarlo particularmente presente en nuestro corazón y en lo íntimo de nuestro espíritu, «vivificado y animado por su presencia»; considerar la mirada amorosa de nuestro salvador constantemente dirigida hacia nosotros; imaginarse al lado al Señor Jesús, «en su santa humanidad», especialmente cuando uno está delante de la Eucaristía, «presencia real y no puramente imaginaria».

En tal ejercicio, que acaba por plasmar la conciencia de sí y la misma percepción de los acontecimientos y de la historia humana, Don Bosco fue educado desde los primeros años, en el clima de sincera religiosidad popular en el cual creció. En la misma perspectiva orientará la formación espiritual y moral de los jóvenes, como aparece continuamente en las intervenciones educativas y en sus escritos. Una presencia percibida ya sea en la belleza de la creación, o en la emoción de la intimidad orante o en la intensidad afectuosa de la comunión, casi palpada ya sea en los acontecimientos providenciales de la experiencia personal, o bien contemplada en la interpretación de las grandes vicisitudes de la historia. Desde las primeras páginas del *Joven instruido*, hasta las biografías de sus jovencitos y las *Memorias del Oratorio*, el sentido de un Dios presente y operante domina y polariza la mente y el corazón de Don Bosco.

Sobre esta huella él desarrolla una pequeña pedagogía de la oración. Las prácticas de piedad son camino para llegar al espíritu de oración y al mismo tiempo manifestación del mismo. En el *Joven instruido* ofrece los instrumentos simples para santificar cada acción hasta la conclusión de la jornada, cuando, «pensando en la presencia de Dios, con las manos juntas delante del pecho» se tomará descanso. Todo es hecho por Dios, «atendiendo diligentemente» los propios deberes y «orientando toda acción al Señor». Luis Gonzaga es reconocido como modelo de unión con Dios cultivada desde la infancia, impregnada de tensión afectiva y de «deleite»: «era necesario que se hiciese gran violencia para suspender la oración... – Obtenedme, oh glorioso San Luis, una chispa de vuestro fervor, y haz que siempre crezca en mí el espíritu de oración y de devoción».

Nos preguntamos si Don Bosco conocía las obras de Teresa de Ávila, la cual pensaba en la oración esencialmente como en una relación afectiva entre Dios y el alma, en un “amar mucho”, y definía la oración de recogimiento como un tomar conciencia de la presencia de Dios en nosotros para habitar en Él. De hecho él iba tejiendo sus intervenciones formativas precisamente sobre esta trama esencial, apuntando a lo simple y a lo posible, y acompañaba a lo largo del sendero eficaz y experimentado de las oraciones breves y ardientes para sembrar en todo momento de la jornada, las «jaculatorias», aptas para caldear el corazón y orientar los pensamientos.

De la *Filotea* había aprendido cuánta fecundidad deriva del «aspirar muy frecuentemente a Dios con breves, pero ardientes impulsos del corazón», cuánto sea útil «recabar buenos pensamientos y santas inspiraciones de todo lo que se presenta en la variedad de esta vida mortal» y cómo se puede «sacar provecho espiritual de cualquier cosa». Allí encontraba solemnemente afirmado que, «en este ejercicio de recogimiento espiritual y de las oraciones jaculatorias, está la gran obra de la devoción; él puede suplir la falta de todas las otras oraciones, pero ningún otro medio puede suplir su ausencia. Sin él no es posible dedicarse a la vida contemplativa, antes bien estaría mal conducida también la activa. Sin él el descanso no es más que pereza y el trabajo, fatiga desperdiciada».

Miraba, para sí mismos y para los otros, alcanzar el estado interior de un amor permanente que impregnase los pensamientos, unificase los afectos, orientase las acciones. «Orar quiere

decir elevar el propio corazón a Dios y entretenerse con él por medio de santos pensamientos y devotos sentimientos», escribía en el *Cattolico provveduto* del 1868. Definición pedida prestada a la tradición y al catecismo, que bien corresponde a su modo de sentir la oración en tonalidad afectiva y unitiva.

Lo vemos, por ejemplo, en la descripción de la vida interior de sus jóvenes. De Domingo Savio escribe: «Su espíritu estaba tan habituado a conversar con Dios, que en cualquier lugar, también en medio de los más alborotados, recogía sus pensamientos y con piadosos afectos elevaba el corazón a Dios». De Francisco Besucco, el tímido pastorcito de los Alpes, cuenta entretenido: «era tan amante de la oración y se había de tal manera habituado a ella, que en el mismo tiempo del recreo no raras veces se ponía a rezar, y como llevado por movimientos involuntarios a veces cambiaba los nombres de los juegos en jaculatorias». Después, haciéndose más serio, nos indica el «grado de elevada perfección» que aquellos ingenuos fervores hacían entrever, «demostrando cuánto su corazón se deleitase» en la plegaria y «cuánto fuese él dueño de recoger su espíritu para elevarlo al Señor».

4. “Darse a Dios”

Con razón Don Alberto Caviglia, comentando el ardor eucarístico de Savio y Besucco, evoca el castillo interior de Teresa de Ávila. La respuesta de Dios a quien lo ama «con todo el corazón, con toda la mente, con toda el alma» es una atracción de amor unificante. Para la reformadora del Carmelo, «Dios no se da del todo si no a aquellos que del todo se dan a él». Es un lenguaje familiar a los cuadros mentales de Don Bosco.

El llamado de Don Bosco a dedicarse «desde temprano a la virtud» se entrelaza con el de «darse todo al Señor», a través de un movimiento de conversión que engloba desprendimiento del afecto al pecado y a sí mismo, aceptación de la realidad de las cosas y de las personas, caridad ejercitada en la normalidad cotidiana. La comunión de amor con el Señor y el diálogo con Él se tejen en la trama de las ocupaciones, en la cotidianidad de la existencia vivida con una buena dosis de entusiasmo afrontada con espíritu de sacrificio. Así llega a ser posible permanecer en contemplación de Dios incluso en el vértigo de las ocupaciones.

La dimensión ascética no puede ser evitada. Consiste precisamente en la victoria sobre sí mismos y en la entrega en ejercicio de caridad al prójimo y al amor a Dios, imitando a Jesús, obediente a la voluntad del Padre. El estado de oración descrito por Don Bosco, en su modo de ver no es solamente un “grado” de oración, porque está acompañado por un nivel de perfección moral: desprendimiento, esfuerzo de superación y control de sí, dominio, paciencia, vigilancia, fidelidad y constancia.

Don Bosco usaba una palabra de sabor antiguo, “recogimiento”. Quería indicar ese estado de ánimo recogido, ese estilo de vida modesto y dedicado a lo esencial, pero polarizado sobre los valores, capaz de preservar de la dispersión de los pensamientos y de la banalidad de las modas, sin quitar nada a la vivacidad gozosa de la existencia. Una dimensión interior, de atmósfera elevada, la única verdaderamente capaz de transformar el patio, la clase, la oficina o el taller, lugares salesianos privilegiados del encuentro con el Señor.

Comprendemos por qué haya dado tanta importancia a la narración de la propia vestición clerical en la estrategia narrativa de las *Memorias del Oratorio*: «Cuando me mandó quitarme los hábitos seculares con aquellas palabras: *Exuat te Dominus veterem hominem, cum actibus suis*, dije en mi corazón: ¡Oh cuánta ropa vieja hay para quitar! *Mi Dios, destruid en mí todas mis malas costumbres*. Cuando después al darme el cuello agregó: *Induat te Dominus novum hominem, qui secundum Deum creatus est in iustitia et sanctitate veritatis!* Me sentí profundamente conmovido y agregué dentro de mí: *Sí, Dios mío, haced que en este momento*

yo vista un hombre nuevo, es decir que desde este momento yo comience una vida nueva, toda según el querer divino y que la justicia y la santidad sean el objeto constante de mis pensamientos, de mis palabras y de mis obras. Así sea. Oh María sed vos mi salvación».

El doble movimiento representado por las invocaciones (“quitar” y “vestir”), resignifica el antiguo precepto de la *fuga mundi* en un contexto de modernidad, donde el alejamiento del mundo y la inmersión en el mundo deben necesariamente integrarse. La superación de la necesidad tiránica de satisfacción de los impulsos narcisistas se actúan en una proyección de ofrecimiento, en una asunción responsable pero que se vive en las modalidades típicas del cristiano.

Oración, fervor apostólico y mortificación son facetas de una única actitud de consagración del corazón. Propuesta alta hecha por Don Bosco a los discípulos en la vida consagrada, pero también a los jóvenes más simples que exhortaba: «Ánimo por lo tanto, comencemos a tiempo a trabajar por el Señor, nos toca padecer algo en este mundo pero será después eterno el premio que tendremos en el otro».

Es el tema dominante que subyace a toda intervención suya, que aparece dentro de cada fórmula de oración y práctica devota. La respuesta existencial más adecuada al don eucarístico de Cristo crucificado por nosotros, como sugiere en una oración al concluir la misa: «Os agradezco, oh Dios mío, el haberos sacrificado por mi. Haced que desde este momento me pueda sacrificar enteramente por Vos. Disgustos, fatigas, calor, frío, hambre, sed y también la muerte todo aceptaré de buena gana de vuestras manos, dispuesto a ofrecer todo y a perder todo con tal que yo pueda cumplir vuestra santa ley».

Las expresiones idiomáticas están marcadas por el tiempo, pero la sustancia convence. Quizás nos sentimos asaltar por un cierto malestar, dudamos hacerlas nuestras: ciertamente ellas tienen el poder de poner al desnudo incoherencias interiores e inconsistencias espirituales, que algunas fórmulas cuidadosamente calibradas, labradas teológicamente, tratan inútilmente de esconder. Debemos admitir que con dificultad volvemos a descubrir la concretez y la potencia de estas plegarias sinceras, sugeridas a aquellos chicos pobres y harapientos, primeros destinatarios del *Joven instruido*, y a los simples salesianos de los orígenes: «Querría yo solo poderos dar toda la alabanza y la gloria que os dan los santos en el Cielo, y ya que yo no puedo hacer tanto os ofrezco todo mi ser; os ofrezco mi voluntad, para que no quiera otras cosas sino las que agradan a Vos, os ofrezco mis manos, mis pies, mis ojos, la lengua, la boca, la mente, el corazón, todo lo ofrezco a vos. Custodiad todos estos sentimientos míos para que todo pensamiento, toda acción no tengan otra finalidad sino lo que redunde en vuestra mayor gloria y en ventaja espiritual de mi alma».

Nuestra oración hoy, cuando, como la de Don Bosco, brota de la tensión oblativa y moral, vivida bajo el signo de la presencia de Dios y del mundo, no pueden no hacer fecundos los frutos y obras. Faltando este tipo de oración fácilmente nos dejamos cautivar por lo inmanente y llegamos a ser miopes. El “espíritu de recogimiento”, entendido en perspectiva donboscana, es el lugar de incubación ideal, donde lo vivido con sus problemas, la cultura con sus desafíos, los jóvenes con sus necesidades y mentalidad son espiritualmente colocados para que germinen las soluciones. Una respuesta pastoral-educativa que no tenga raíces en tal dimensión del espíritu, corre el riesgo de resolverse en proyectos e iniciativas de corto aliento.